

florece la conciencia de un ser todo instinto, arrancado de un centro impuro.....; pero yo estaba encolerizado, no creía en su conversión, me burlaba de su necesidad de amor y rebajaba su inteligencia. ¡Sobre todo, estaba indignado al ver el esfuerzo que aquella joven hacía para conquistar mi estimación!

¿Y por qué todo esto? ¿Por qué mi dureza, mis sospechas y mi injusticia? ¿Por qué aquella antipatía y repulsión? ¿Por qué aquella cólera sorda, como si Manuela, al disponer de sí misma, me hubiese arrancado un bien que me pertenecía? ¿Acaso estaba celoso de ella? ¿Acaso la amaba todavía?

Pues bien, sí; preciso es confesarlo. La había amado, la amaba siempre. Era mi ideal largo tiempo acariciado, mi presa secretamente disputada, mi tormento tantas veces maldito, la esperanza y el sufrimiento de mi juventud, y el escollo de mi honor si no lograba escapar al encanto en que, sin saberlo, me había envuelto.

El insomnio aumenta las tentaciones y los peligros. A medida que pasaban las horas de la noche sentía yo crecer mis agitaciones, tomando por fin la resolución de no volver á ver á la futura esposa de sir Ricardo.

## VIII.

Por fin logré dormirme y me desperté más tranquilo. La carta de Juana estaba abierta sobre la mesa. Quise volverla á leer, para encontrar en aquel casto y dulce sentimiento de amistad inalterable la lucidez de mi conciencia. Una frase me había extrañado, y trataba de comprenderla bien. «Te desafío—decía mi hermana—á que quieras á nadie más que á nosotras; tu futura compañera no te dará más que el porvenir, mientras que nosotras somos el pasado, la alegría y el dolor llevados tanto tiempo en común.»

—Es verdad, una profunda verdad—me dije;—y si Manuela me ha conmovido tan vivamente ayer, es porque también ella es mi pasado; pero no es ese de que habla mi hermana; no es la santa ternura, la solícitud, la expansión de todos los días, la confianza tranquila y sagrada; es el insomnio, la curiosidad, el despecho, el disgusto. He pasado por todos estos tormentos, y quisiera volver á pasarlos. ¿Por qué? El porvenir de esta joven pertenece al señor Brundel, y su vida pasada ha sido mi tormento. Ella me ha inculcado la en-



fermedad de la duda y me ha hecho amargo y escéptico en el amor en la dichosa edad de las ilusiones. ¡Si hoy fuese libre, no podría amarla sino con las más dolorosas restricciones! ¡Ay! sin saberlo, Juana tiene razón; ya no creeré, y cualquiera que sea el pasado de una mujer, será para mí como un obstáculo á la fe ó á la seguridad.

Al pensar en la angelical rectitud de mi madre y de mi hermana, no ví en Manuela más que un fantasma sin conciencia, y mi noche de fiebre me pareció el resultado de una excitación nerviosa.

Al día siguiente me dirigí á las islas del lago para estudiar historia natural. Aquel hermoso país, todo luz, con sus fondos violeta, donde las aguas surcan con reflejos de plata la base de las montañas; esa profundidad límpida, espejo ardiente que redobla el poder del sol; aquellas riberas frescas, aquellos indefinidos murmullos misteriosos, todo convidaba á la tranquilidad y al reposo.

Llegada la noche, y teniendo que guardar el frágil tesoro de sir Ricardo, volví, y entrando en mi habitación, empecé á leer, cuando la criada española dedicada al servicio de Manuela llamó á la puerta. Creí que era ella misma. Como estaba encerrado, fui á abrir la puerta, después de preguntar con tono seco quién estaba allí.

—La señora está muy enferma—me dijo la sirvienta—y aunque no me ha dicho que venga á buscar al doctor, y hasta me lo ha prohibido, tengo una responsabilidad tan grande, que no puedo dejarla que se ponga peor sin avisar al médico, que tiene tanta responsabilidad como yo.

—¿Y qué es lo que tiene la señora?—pregunté poniéndome la levita.

—No ha dormido en toda la noche.

—¡Bah, yo tampoco! El calor, los mosquitos.....

—Es que no ha comido en todo el día.

—Entonces es más serio; ¡á mí no me ha pasado lo mismo!

—¡El señor doctor ha tenido buen apetito!

—¡Devorador!

—¡Alabado sea Dios! — exclamó Dolores con un acento que quería decir: «¡Qué hombre tan bruto!»

Desconfié de aquella mujer, pues su aire no era franco. Era una solterona seca que podría haber sido hermosa antes de padecer las viruelas. Su edad era problemática. Se la consideraba más bien como ama de gobierno. Decía que era noble, pero que había sufrido muchas desgracias de familia, y lo cierto es que tenía muy buena educación; hablaba el francés, el italiano y el inglés con bas-



tante perfección, aunque con alguna afectación. La miré como espía de sir Ricardo y de toda su casa, ya por complacer á su señora, ya por tener algo de que hablar en las muchas horas que pasaban juntas.

La seguí, pues era mi deber y no debía sustraerme á él, por ligera que fuese la indisposición de aquella que en mi pensamiento continuaba llamando la odanisca. Por otra parte, me sentía muy fuerte y seguro de mí en aquel momento. Encontré á Manuela en la terraza de sus habitaciones, tomando el fresco tranquilamente y saboreando un helado de limón. La joven tenía un traje extraño, un verdadero traje español rosa vivo con encajes negros, el cuello descubierto, los brazos desnudos y cubiertos con largos mitones de guipur negro, la falda corta cubierta de volantes, los cabellos recogidos entre rosas y el abanico en la mano. Se hubiera dicho que iba al baile ó á una corrida de toros.

—La enfermedad no es grave—dije á Dolores, que me introdujo.

Manuela dió un grito.

—¿Qué queréis?—dijo levantándose.

Su sorpresa y su descontento no eran fingidos. No me esperaba. Dolores había obrado por sí mis-

ma, y ella fué la que tomó la palabra para decir que no había querido dejarme acostar sin que hubiese tomado el pulso á su señora; y como hablaba de su responsabilidad y de la mía, viendo mi aire frío, Manuela se calmó y tendiéndome su mano, dijo sonriendo:

—Pulsadme, doctor, pero no tengáis miedo; estoy bien y no tendréis necesidad de ocuparos de mí.

—Me ocuparé si hay motivo—respondí—y para empezar hago constar que tenéis fiebre.

—Dolores no os ha dicho—replicó Manuela—que acabo de bailar con ella una jota aragonesa; pero mi vestido os lo revela.

—Sí; pero vos no decís—replicó Dolores—que en medio del baile os habéis desvanecido.

—No me he desvanecido. He tenido un momento de vértigo, pero no he perdido el conocimiento; y ese refresco que me habéis traído me ha repuesto en seguida.

—Pero tenéis fiebre, según ha dicho el doctor; no habéis dormido esta noche ni comido hoy. Estáis pálida.....

—Lo estoy siempre. Vamos, dejadme tranquila. Buenas noches, doctor; id á trabajar, que voy á seguir bailando.



—Prohibídselo, doctor—exclamó Dolores con acento patético.—Conmigo es una niña mimada y no me hace caso.

Volví á tomar el pulso, que iba calmándose y hasta debilitándose.

—Cómo—dijo Manuela—¿también vos vais á hacer el tirano conmigo?

—No; bailad si os parece; pero no antes de haber tomado una sopa. Prometédmele.

—Obedezco en seguida; tanto más que no tenía apetito hoy y que esta es la única causa de mi desvanecimiento. Vé, Dolores, y trae esa sopa.

—Voy al momento, pero quedaos, doctor; quizá vuelva á desvanecerse.

—¿Padecéis de estos síncope?—dije á Manuela cuando estuvimos solos.

—Sí—respondió;—pero lo que he tenido ahora no valía nada.

—Creo que tenéis buena salud, porque nunca me habéis llamado como médico.

—Tengo buena salud—replicó la joven con acento breve—y aunque así no fuese, Ricardo no lo sabría, y por consecuencia vos tampoco. No comprendo que Dolores, que me ha visto tanto tiempo enferma y debilitada, os haya llamado por tan poco.

—Me creí en el deber de interrogarla con insistencia. La joven respondió:

—Pues bien, sí, la vida que hago me perjudica, y si no acaba pronto me matará. ¡Pasar meses enteros sin salir del mismo jardín! ¡ver todos los días las mismas flores! ¡Que hastío cuando Ricardo no está á mi lado!

—También montáis á caballo con él.

—Eso me perjudica aun más. Tengo un miedo horrible al caballo.

—¿Sois cobarde hasta ese punto?

—Ahora sí; de niña era valiente; pero desde el miedo que me hizo pasar mi padre en esas escenas que os he referido.... además el mimo de Ricardo también me hace miedosa. Cuando uno es tan dichoso, se hace cobarde.

—Sin embargo, desafiáis á veces algo peor que un caballo, puesto que desafiáis la enfermedad al estar indispuesta y no querer que os cuiden.

—Dolores basta, y cuando el señor Brundel está aquí, no se inquieta como hoy, ni avisa, porque sabe muy bien que no quiero que él sepa que me ahogo en mi dorada jaula.

—Sin embargo, ahora lo sabrá, porque mi deber es decírselo.

—¡Es que no quiero!



—¿Qué importa?

—¿Os insubordináis? Pues bien, tenéis razón; ¿qué importa, si vamos á casarnos y mi cautividad va á concluir?

—¿Estáis segura?

—¿Y vos?

—Yo no estoy seguro. El señor Brundel os mima como á un niño, pero no parece considerarnos como una persona formal.

—Sí, ya lo sé, pero suya es la culpa. Él es quien me ha hecho hacer esta vida de reclusa y quien me ha impedido comprender nada de la vida práctica. Después de todo, ¿qué me importa esto? Si estoy verdaderamente, enferma prefiero no saberlo; pero, Dolores, trae la sopa. Dámela para que acabe de reponerme.

La joven comía con mucha gracia, prontitud y limpieza, aunque sin apetito. Me prometí indicarle un regimen y me despedí.

Apenas había llegado al dintel de la puerta, cuando el ruido estridente de las castañuelas me hizo volver la cabeza. Manuela estaba de pie, en una postura arrogante, con el codo derecho elevado á la altura del rostro y el brazo izquierdo formando un ángulo gracioso. Las castañuelas repicaban con ligereza entre sus pequeños y ágiles

dedos; la cabeza, un poco inclinada á la derecha, tenía una expresión de nobleza extraordinaria, mientras que los ojos á la vez ardientes y severos parecían decir: «¡De rodillas ante mí!»

Me detuve involuntariamente; jamás hubiese creído que aquella mujer tan torpe al montar á caballo, pudiese tener tanta valentía, gracia y majestad bailando. Cada país tiene su gracia, la inglesa es centaura y la española Manuela, era el tipo ideal del pájaro, cuando bate sus alas.

Vió que estaba fascinado; no era coqueta, pero sabía serlo cuando quería agradar.

—Miradnos bailar—me dijo haciendo seña á Dolores.—Nunca habréis visto estos bailes, y es curioso, porque en nada se parecen á los vuestros.

¿Por qué me quedé? No lo sé, pero hice mal.

Dolores había tocado un timbre, á cuyo sonido entró el negrito y sin decir nada tomó una guitarra que había en una butaca y se puso á tocar la jota aragonesa. Dolores pasó rápidamente por sus dedos los cordones de seda de un par de castañuelas de marfil. Las de Manuela eran de ébano y hacían menos ruido. El negro tocaba muy bien. Manuela volaba como una paloma ó se retorecía como una culebra. Dolores, más nerviosa aún, se



había transfigurado: sus formas angulosas, su talle demasiado largo, sus ojos apagados, todo en ella parecía fundirse en un nuevo molde. Tenía músculos de acero y saltaba como una pantera. Ridícula de ordinario, llegaba hasta ser hermosa bailando; sus ojillos negros lanzaban relámpagos, y su energía hacía resaltar la mirada voluptuosa y lánguidas posturas de su compañera. Era verdaderamente un hermoso baile, una pareja seductora, un ritmo que volvía loco.

Terminado el baile, desapareció el negrito como por encanto. Dolores arrojó un chal sobre sus hombros, y Manuela me dijo riendo:

—Decid, doctor, ¿no opináis que es este un buen remedio contra el *spleen* de la prisión?

Yo estaba turbado. Pregunté si el señor Brundel, que también era algo médico, aprobaba aquel ejercicio.

—Por lo menos no se opone á él—contestó Manuela.

—¿Y le gusta veros?

—¡No! ¡no bailamos delante de él! ¡Es demasiado inglés!

Pensé que sir Ricardo debía juzgar aquel espectáculo demasiado excitante para un hombre que rechazaba aquella clase de emociones, y me

reproché por no haberle imitado. Manuela vió mi confusión.

Empecé á alabar á Dolores con exageración, diciendo que me gustaba mucho aquel baile, pero que se necesitaba un vigor de que sólo ella era capaz.

—¿Es decir—replicó Manuela—que Dolores baila mejor que yo?

—Mucho mejor; fuerza es confesarlo.

—Es natural—dijo Manuela sin ningún despecho;—ella es la profesora y yo soy la discípula.

—Hay que añadir también—observó Dolores—que no estáis lo mismo cuando alguien os mira. Bailáis cien veces mejor cuando estamos solas.

Ví que iban á comenzar de nuevo, y huí, tratando de ponerme á estudiar, sin conseguir mejor resultado que la víspera.

Tenía que convenir conmigo mismo en que estaba bajo el imperio de una fascinación. Resolví tratarla como una enfermedad cuyos síntomas debía observar con cuidado, procurando para curarme no apartarme ni un ápice de mi deber.

Manuela sólo amaba en el mundo á sir Ricardo, y éste, de cualquier manera que amase á su hija adoptiva, la había confiado á mi honor. Lo mejor hubiese sido alejarme de la joven al mo-



mento; pero no me era posible porque había jurado velar por ella. Tenía, pues, que aceptar mi penosa situación y vivir conteniendo todos mis instintos y dominando mi despecho y mis celos.

Aquella situación no debía durar más de ocho días.

—Sería—pensé—muy débil y muy cobarde, si no supiese sufrir ocho días. ¡Con tal que nadie conozca mis sufrimientos!

En este punto no me inquieté, porque el orgullo es una gran arma á falta de la virtud, y si dejaba conocer mis sentimientos me pondría en ridículo, lo cual me contenía bastante.

Renuncié á volver á usar con la joven aquel tono de necio despecho que á sus ojos me haría aparecer grosero y excéntrico. Resolví ser amable, cariñoso y desinteresado.

Al día siguiente por la mañana iba á pedir noticias de Manuela, cuando Dolores vino á dár-melas.

—No ha dormido—me dijo.—Os aseguro que está enferma, señor doctor, y quizás gravemente. Yo no sé, pero en cuanto no está el señor aquí, no estoy tranquila ni un momento. Tal vez os parezca mal mi inquietud.

—¡Á mí! ¿por qué?

—¡Ah! ¡sois á veces tan extraño!

—¿Yo?

—Sí, no os enfadéis. ¡Parece que odiáis á mi pobre ama!

—Sería muy extraño que odiase á una persona á quien conozco tan poco y á quien sir Ricardo, que es mi mejor amigo, quiere indudablemente mucho.

—Quizás por eso mismo—dijo Dolores con périca sonrisa.

—¿Eh?—dije frunciendo las cejas y mirándola frente á frente.

Noté que se desconcertaba.

—Dispensad á una extranjera—replicó con tono meloso;—no sé si habré dicho alguna palabra sin conocer bien su valor.

—Por el contrario, siempre he notado que habláis muy bien el francés.

—Sois muy indulgente, señor doctor; pero habéis dicho que no conocíais bien á mi ama, y eso es posible hace dos días, mas no ahora que os ha contado su historia, según me ha dicho. Yo la he censurado porque no había ninguna necesidad de deciros todo eso; pero en fin, ya lo sabéis, y comprendéis tan bien como yo, por qué está enferma.



—No sé si está enferma. Creo que no come bastante y que baila demasiado.

—¡Que baila demasiado! ¡Pobrecilla! ¿Y en qué queréis que emplee las fuerzas de su hermoso cuerpo? ¿con qué queréis que aturda su corazón lleno de amor?

—Esas son bonitas frases y nada más, señora, pero yo no puedo formar mi juicio sin previo examen, y como la señora se niega á él, esperaré á que vuelva su marido.

—¡Su marido! ¡bien sabéis que no es ni marido ni amante! Sois médico y no debíais rehusar una consulta.

—Si no me la piden.....

—Sí, esta mañana ya no se negaba.

—En ese caso, decid á la señora que espero sus órdenes.

Dolores vió que desconfiaba de ella, salió y volvió al cabo de un instante con un billete de Manuela que decía estas palabras: «Ruego al doctor que venga á verme.»

Guardé el billete para mostrarle á sir Ricardo caso de necesidad, porque no sé lo que temía por parte de aquella maldita camarera.

Encontré á Manuela más pálida que de costumbre, envuelta en un peinador de cachemir blanco,

los cabellos apenas sujetos; estaba verdaderamente seductora con su aire abatido y sus ojos cargados de languidez.

Me entregué resueltamente á los peligros de la auscultación. El médico dominó por completo al joven, y estuve lúcido y atento, encontrando, al parecer, un comienzo de hipertrofia en el corazón. Prohibí el baile, prescribí un régimen, y me retiré diciendo que el mal no tenía ninguna importancia si se me obedecía.

Una hora después vino Dolores á mi cuarto.

—Vamos, señor doctor, ¿es verdad que no es nada?

—Siempre se le dice al enfermo que no es nada, pero cuando he prohibido el baile, es que hay algo. Os hago responsable del cumplimiento de mi prescripción.

—¡Oh! tranquilizaos, doctor, Manuela es muy sumisa y no bailará más; ¿pero qué hará para distraerse un poco? ¡Si pudiésemos salir en carruaje!.....

—El señor Brundel os habrá dado las órdenes necesarias sobre este punto.

—A vos es á quien ha dado todas sus instrucciones.

—Mis instrucciones se limitan á estar siempre



á la disposición de la señora en lo que concierne á mi profesión y á la prohibición de salir con ella.

—¿Pero no estaréis encargado de impedir que salga sola?

—No hubiera aceptado el oficio de carcelero.

—En ese caso..... Pero no, no querrá desobedecerle.

—¡Que le escriba! no está tan lejos. Yo voy á escribirle por mi parte el resultado de mi examen. El permiso llegará dentro de dos días; pero me parece que sería mejor esperar algunos días más y no alarmar al señor Brundel. El mal no es tan grave que haya peligro en la tardanza.....

—Sí, porque vos creéis que el señor Brundel.....

—¿Qué?

—No puedo decir nada.

—Entonces, nada digáis.

Salió como despechada y volvió en seguida.

—Quiero decirlo todo—exclamó.—Es necesario que salvéis á mi ama querida; es necesario que hagáis que sir Ricardo diga la verdad.

—¿Qué verdad?

—La de que nunca se casará con ella.

—¿Pues no se lo ha prometido?

—No tan en absoluto como Manuela se figura; pero no hay duda que lo ha prometido en los mo-

mentos de piedad y de ternura. En el fondo no está enamorado de Manuela, ni lo ha estado nunca. Al principio se ha sentido algunas veces conmovido á su lado, ¡era tan bonita y le amaba tanto!; ¡pero estos ingleses! Al librarla de las infamias de su padre se juró no amarla, y ha cumplido su palabra. Sin embargo, ha sucedido una cosa que él no había previsto, y es, que la joven iba á serle tan amante y tan fiel, que se acostumbraría á sus cuidados, á su dulce carácter, y no podría pasarse sin su amistad; pero en cuanto á su amor, le teme, le huye, y quisiera poder quemarle y arrojar al viento sus cenizas. El matrimonio la pondría en la obligación de responder á él..... El señor Brundel se ha acostumbrado á mirarla como á su hija, y creería cometer un incesto casándose con ella. Aun hay otra razón: si acepta su hermana el pago de esa deuda que sabéis, quizá quede apurado y con una mujer á quien ha acostumbrado á ser sultana, es decir, á gastar mucho y á no servir para nada..... Además, que se case ó no se case, nunca consentirá en que Manuela sea libre de ir y venir como las demás mujeres, porque no tiene confianza en ella y cree que no debe su virtud más que al aislamiento en que la tiene. Cree que Manuela es frágil, variable.....



—Y quizá no se equivoca.

—No se equivocará si ha de ser la mujer de un anciano; pero si no, os aseguro que se equivoca. Manuela es más fuerte y más digna de lo que parece.

—Es posible; pero nada de eso me importa. El señor Brundel no me ha hecho confidencias y no tengo el derecho de aconsejarle. Así es que podiais muy bien haberme evitado el disgusto de oír estas revelaciones que la delicadeza me obliga á comunicarle si me pregunta.

—Decídselo todo—exclamó Dolores;—si yo me hubiese atrevido, hace tiempo que le hubiese hablado como os hablo, pues sé que es necesario que la suerte de Manuela cambie ó que la pobre niña muera.

Y Dolores salió dramáticamente, dejándome muy confuso con la situación difícil en que me habían colocado las circunstancias. Dolores, que ocultaba un gran cinismo bajo su énfasis natural, había puesto el dedo sobre la llaga del futuro hogar. La joven había esperado demasiado para no llegar á la explosión, y el anciano había dominado con demasiada fuerza los peligros de la intimidad para encontrar la pasión necesaria á una unión tan desproporcionada.

## IX.

Por la noche volvieron á llamarme. Encontré á Manuela más enferma que por la mañana, y al día siguiente aun peor. Los síntomas, sin ser alarmantes, estaban más caracterizados: tuve que visitarla durante el día y por la noche, tomando el partido de escribir á sir Ricardo.

Éste acababa de escribir por su parte á Manuela bajo un sobre dirigido á mí:

«Mi hermana ha muerto, aceptando la restitución pura y simple de la suma que me había prestado. Para satisfacer más pronto á sus herederos tengo que partir á Burdeos en cuanto terminen los funerales; es decir, mañana por la noche. Espero estar á vuestro lado dentro de ocho ó diez días. Paciencia, hija mía. Vuestro amigo Ricardo os bendice.»

Este lacónico billete me fué al momento comunicado por Manuela.

—¿Qué pensáis?—me dijo la joven.

—Que aquí no dice nada que confirme la palabra que decís os ha dado.